

La mirada cínica

Ambrose Bierce

Introducción y traducción de
Miguel Catalán

sequitur

Índice

Prólogo de Miguel Catalán	9
Epigramas de un cínico	19
Telarañas de un cráneo vacío	48
Inmortalidad	54
El derecho a trabajar	59
Un mundo loco	62

PRÓLOGO

*Odio la fanfarronería, odio la impostura, odio la superstición,
odio la mentira y odio a toda esa clase de tipos miserables
y embaucadores. Que son muchísimos, como sabes.*

Luciano de Samosata

Descendiente de cierto Augustin Bearse emigrado a América desde Southampton en el siglo XVII, Ambrose Gwinett Bierce nació el 24 de junio de 1842 en Horse Cave Creek, una aldea de Ohio, y murió no sabemos dónde ni cuándo, en todo caso no antes del 26 de diciembre de 1913. En esa fecha la familia recibió su última carta desde la población mexicana de Chihuahua. Un Bierce ya septuagenario había cruzado la frontera meridional de Estados Unidos con el propósito de enrolarse en el ejército de Pancho Villa y el deseo de morir en la vorágine de la guerra civil.

Bierce no solía hablar ni escribir sobre su infancia. En los raros casos en que lo hizo, dejó entrever estrecheces económicas y falta de cariño por parte de una madre, Laura Sherwood, que tuvo demasiados hijos, hasta trece, en un medio pobre y poco higiénico ("una granja propensa a la malaria", evocó en un poema de 1883). Cuando Ambrose tenía cuatro años, su familia se mudó a Warsaw, en Indiana, donde fue un niño solitario que frecuentaba la naturaleza y el camposanto. El único escrito de sus años escolares que pervive es una copia a mano de una lápida del cemento-

rio local alusiva a la niña allí enterrada: "Probó la amarga copa de la vida / y rehusó apurarla, / volvió su cabecita a un lado / asqueada por el sabor y murió" ! Aunque ignoramos mucho sobre sus primeros años de vida, no debieron de serle muy gratos cuando, apenas cumplidos los quince, resolvió marcharse de casa para trabajar como aprendiz de imprenta. Tampoco sabemos si huía de su padre, un campesino pobre, calvinista y aliterador llamado Marcus Aurelius Bierce que bautizó a sus trece hijos con nombres que empezaban por la letra A. En orden natalicio: Abigail, Amelia, Ann Maria, Addison, Aurelius, Augustus, Almeda, Andrew, Albert, Ambrose, Arthur, Aurelia y Adelia. De todos sus hermanos, Ambrose sólo mantuvo relación adulta con Albert.

Un destino adverso parece dictar la vida de Bierce cuando a los diecisiete años su tío paterno Lucius Verus le convenció para que ingresara en el Kentucky Military Institute. Aquella escuela militar lo llevaría a participar en la guerra civil estadounidense, donde vivió los horrores que luego reflejaría su obra. Tras alistarse a los diecinueve años en el Noveno Regimiento de Voluntarios de Indiana, comprobó que la guerra le repugnaba y atraía al mismo tiempo, pues en diversas ocasiones abandonó el frente para volver de nuevo a él. Participó con el ejército de la Unión en la batalla de Shiloh, cerca del río Owl Creek que inspiraría su célebre relato sobre la visión del ahogado, *An Ocurrance at Owl Creek Bridge*, así como en las de Stones River, Picket's Mill, Missionary Ridge o Chickamauga, fuente histórica esta última del relato del mismo nombre. Llevó a cabo acciones heroicas como rescatar a un compañero de armas herido bajo el fuego confederado en Girard Hill (Virginia). Él mismo fue herido de gravedad en la cabeza durante la batalla de Kennesaw Mountain (Georgia), en 1864. Tras recibir durante unos meses los cuidados de su hermano Albert, Ambrose aún volvería a su brigada para librar la última batalla en Franklin (Tennessee), origen de su relato *The major's Tale*. En enero de

1865 dejó el servicio de las armas, pero la experiencia bélica ya nunca abandonaría su espíritu ni su obra.

Tras proclamarse la paz, Bierce fijó su residencia en San Francisco, adonde había llegado en 1866 con una expedición a través de territorio indio. Trabajó como colaborador (*Californian*, *Argonaut*, *The Golden Era*) y como director (*News-Letter*) en periódicos de la costa del Pacífico. Fue en esa época cuando leyó a los autores que darían forma y sentido a su propia escritura: Poe, Bacon, Swift y Voltaire, entre otros. En el *Californian* publicó su primer poema, "La basílica" y su primer artículo, "Sufragio femenino", ambos en 1867; en el *Overland Monthly* publicó su primer cuento, "El valle encantado", en 1871.

A causa del asma que padeció toda su vida, ese mismo año viajó a San Rafael, en el condado de Marin, donde conoció a quien sería su esposa, Mary Ellen Day, hija de una familia acomodada de San Francisco. La pareja se casó en diciembre de ese mismo año. Gracias a la aportación financiera de su suegro, viajó con Mary Ellen a Inglaterra, donde colaboró bajo el seudónimo de Dod Grille en revistas londinenses como *Fun* y *Figaro*. Durante su estancia en Inglaterra, Mary Ellen dio a luz dos hijos varones, Day y Leigh, y cuando en 1875 quedó embarazada de su tercer hijo volvió sola a San Francisco en la primavera de 1875. Ambrose retornó junto a su esposa unos meses más tarde con tiempo de asistir al nacimiento de una niña llamada Helen. El escritor, que después definiría su estancia en Inglaterra como la época más feliz de su vida, se resignó a fijar la residencia familiar en Estados Unidos.

En 1887, el magnate de la prensa William Randolph Hearst contrata a Bierce como columnista y editorialista para el *Examiner* de San Francisco. Se abre entonces una época de gran actividad: colabora en diversos periódicos de la costa Oeste, dirige el *Wasp*, publica sus relatos de la Guerra de Secesión con el título de

Cuentos de soldados y civiles (1891), así como la novela de terror *El monje y la hija del verdugo* (1892), el poemario satírico *Escarabajos negros en ámbar* (1892) y el libro de relatos sobrenaturales *¿Pueden existir tales cosas?* (1893).

Las agudas críticas de Bierce, que se había convertido en un temido árbitro del estilo literario, le reportaron el mote de *Todopoderoso Dios Bierce* (*Almighty God Bierce*) a partir de sus iniciales, A. G. B. Pero para entonces ya había vuelto la tragedia a bailar en torno suyo. En 1888 se separa de su esposa por diferencias acumuladas a lo largo del tiempo, incluyendo celos mutuos. Un año después se suicida su hijo predilecto, Day, tras asesinar a su rival en la pelea por una mujer, y al siguiente fallece su segundo hijo, Leigh, de una neumonía.

En 1899 Bierce se mudó a las oficinas de Hearst en Washington, donde ejerció tareas de corresponsal del *American* de Nueva York. En 1899 publicó sus *Fábulas fantásticas* y un año después su *Diccionario del diablo*. En 1905 falleció su esposa. De 1909 a 1912 fueron viendo la luz los doce volúmenes de sus obras completas, pero el sedentarismo del autor consagrado no era lo suyo, de forma que pronto empezó a declararse cansado de la vida y a coquetear con la idea de una muerte heroica. El lema que rigió su vida, "Nada importa", adquirió entonces su verdadero relieve. El tono y contenido de sus últimas cartas hacen presumir que cruzó la frontera en busca de un final acorde con su carácter. A sus setenta y un años, estaba "cansado de ser tan viejo y seguir vivo",² como muestra esta carta de despedida a la esposa de su sobrino:

"Querida Lora: Mañana parto para una larga temporada, de forma que esta es sólo para decir adiós. Creo que no vale la pena añadir nada más; *dado lo cual* esperarás, por supuesto, una larga carta. ¡Cuán intolerable sería este mundo si sólo dijéramos lo

que vale la pena decir! Y no hiciéramos nunca nada estúpido, como ir a México y Suramérica. [...] ¡Que le den a la civilización! Yo prefiero las montañas y el desierto.

Adiós. Si oyes que me han puesto contra un paredón mexicano y disparado, por favor, piensa que yo lo veo como una bonita manera de partir de esta vida. Supera en mucho la vejez, la enfermedad o una caída por las escaleras de la bodega. ¡Ser gringo en México: eso sí es eutanasia!

Con cariño a Carl, afectuosamente tuyo, Ambrose".³

Antes de cruzar la frontera de El Paso en busca de la Revolución, Bierce visitó los lugares del Sur donde había combatido en su juventud. Tras despedirse del escenario de las viejas batallas, entró a caballo en México el 23 de noviembre de 1913 y al poco llegó a Ciudad Juárez, ya tomada por Pancho Villa. Desde Chihuahua escribe el 26 de diciembre su última carta, que termina con la frase "Por lo que a mí respecta, parto mañana de aquí con destino desconocido". Nunca se supo más de él.

Suponemos que fue asesinado en 1914 por alguno de los dos bandos, el federal o el insurgente, quizá cerca de Sierra Mojada, en cuyo cementerio se ha inscrito una lápida conmemorativa. Diversas leyendas y testimonios han intentado llenar sin éxito el vacío de sus últimos días o meses.

* * *

El carácter humano y la personalidad literaria de Ambrose Bierce han merecido multitud de epítetos: ácido, amargo (primero fue calificado de *Fun Bierce*, luego de *Bitter Bierce*), cáustico, realista, sádico, lúcido, pesimista, satírico, aventurero, misántropo, rebelde, nihilista, sardónico... pero quizá el que mejor pudiera resumirlo es el de cínico.

Recordando sin duda a los griegos Diógenes o Crates, modelos de una desvergonzada sinceridad, el propio Bierce se proclama cínico en diversas obras, entre ellas *Un cínico examina la vida*, una de cuyas secciones titulará además "Epigramas de un cínico". También dejó claro su amor a la realidad desnuda en otros escritos. Así, en su célebre *Diccionario del diablo* describe al cínico como aquel "miserable cuya vista defectuosa le hacer ver las cosas como son y no como debieran ser".⁴ Esta definición pone en juego una ironía que delata su apuesta por el cinismo al describirlo como una tendencia a exponer los hechos de forma intolerablemente precisa. En la misma definición, Bierce apostilla lo peligroso que resulta decir la verdad, en especial a personas que nos juzgan con el suficiente criterio como para haberla ocultado: "De aquí viene la costumbre que tenían los escitas de arrancar los ojos a los cínicos para mejorar su vista". La mayoría de las definiciones del *Diccionario del diablo* suscitan a medias hilaridad y desasosiego, porque reflejan con excesiva fidelidad la condición humana. Por ejemplo, un conocido (*Acquaintance*) es aquella persona a quien conocemos lo bastante como para pedirle dinero, pero no lo suficiente como para que nos lo pida; un egoísta, aquel sujeto de mal gusto menos interesado en mí que en él.⁵ El propio *Diccionario del diablo* se titulaba en su origen *The Cynic's Word Book*, y sólo once años después de su primera edición cambió el título al que hoy todos conocemos, *The Devil's Dictionnary*.

Bierce parece imponerse un plan de trabajo cuando afirma que el cínico debe ser selectivo: "Un cinismo fácil y barato despotrica contra todo. Sólo el dueño de este arte consigue llevar a cabo la formidable tarea de la distinción". El cinismo es, en efecto, una forma punzante de verdad. Una declaración cínica es una afirmación verdadera que el oyente juzga ofensiva. Con ese talante definió Samuel Johnson la guerra entre Inglaterra y Francia por el territorio norteamericano como una pendencia entre dos ladrones

después de haber desvalijado a un viajero.⁶ Tal sentencia, escrita en la metrópoli que intentaba colonizar América, es a la vez irritante y verdadera, los dos ingredientes principales de las sentencias cónicas.

Ambrose Bierce es un ingenio quemado por el espíritu de la verdad que va incendiando a su paso templos y palacios. No puede ser de otra manera. Como escribió Lichtenberg, es casi imposible llevar la antorcha de la verdad a través de una multitud sin chamuscarle la barba a alguien.⁷ Esta devoción por la sinceridad explica algunas de las cosas que Bierce hizo o dijo a lo largo de su vida, aunque a veces estuviera equivocado. "El amor a la verdad es suficiente motivo para mí cuando escribo acerca de mis congéneres", confesó a Blanche Partington en una carta de 1892. Y ciertas verdades son demasiado fuertes para contemplarlas con detenimiento. Si hay algo fastidioso en las fábulas satíricas de Bierce que aparecen en nuestra selección de *Telarañas de un cráneo vacío*, por ejemplo, es que suelen terminar con la muerte del protagonista. Bierce muestra hacia el lector la misma falta de consideración que la propia vida. Sus finales son tan monotemáticos como los de la historia. La fidelidad a lo real y la precisión descriptiva nos recuerdan las definiciones de cinismo que dieron Oscar Wilde ("arte de ver las cosas como son") y Lillian Hellman ("una forma desagradable de decir la verdad").

En una evolución ideal de las relaciones humanas, primero fue la ingenuidad, después la hipocresía y, por último, el cinismo. El hipócrita manipula al ingenuo y lo reduce a la condición de víctima, como los europeos que robaban su tierra a los indígenas americanos haciéndose pasar por dioses. El cínico, en la cúspide de esa gradación interactiva, se pone de lado del ingenuo para fustigar al hipócrita, como hemos visto en la descripción de Samuel Johnson. En efecto, el cinismo tiene siempre algo de develador, de desenmascarador de la mentira más o menos institucionalizada,

aun cuando sus enemigos lo utilicen a modo de insulto. Así, el epíteto que los autores políticos cristianos han vertido sobre Maquiavelo al tacharlo de cínico por decir cómo se comportan los príncipes en vez de cómo debieran comportarse, tal cual habían hecho los consejeros de príncipes y tratadistas políticos hasta entonces, es el mismo que algunos espíritus filisteos han dedicado a Bierce. Para los farsantes, admitir la farsa por escrito siempre ha sido un feo pleonismo: resulta más fácil cometer iniquidades cuando se las acompaña de buenas palabras.⁸

Esta antología de Bierce parte de textos breves y claros. Y es que, como sabían los antiguos, el lenguaje de la verdad es sencillo: *Veritatis simplex oratio est.*⁹ Frente a las alambicadas explicaciones, a los recursos al misterio y a los arcanos que no deben inquirirse (frente a la complejidad del engaño), la verdad es más bien sencilla y breve. Si el cínico da siempre una impresión poco académica es porque prefiere la intensidad de los epigramas a la complejidad de los tratados.

Bierce, como todo cínico auténtico, es un idealista contrariado. No es que odie a la humanidad, sino que ama una idea tan alta de ella que, al mínimo contacto con la experiencia, cae del pedestal para quebrarse en mil pedazos. Aparte su infancia, podemos datar ese derrumbe en el periodo 1861-1865, cuando el escritor rompe con Bernice Wright, su novia desde los años escolares y, al mismo tiempo, conoce los desastres de la guerra. No conviene olvidar que se alistó en las filas unionistas blandiendo la bandera de la abolición de la esclavitud y que fue el segundo hombre de su condado en seguir la llamada a las armas de Abraham Lincoln.

La imagen de Bierce como un hombre cruel, maligno, amargado o misántropo obedece a una exageración estereotípica que él conocía bien cuando propuso titular unas posibles memorias "La autobiografía de un hombre muy malentendido".¹⁰ Bierce detestaba la tan socorrida imputación de misantropía¹¹ y en una carta afir-

mó a regañadientes que le gustaban muchas cosas y algunas personas.¹² Aunque sin duda Bierce fue altanero, camorrista, egocéntrico y dipsómano, también era íntegro en su trabajo y leal en la amistad: nunca cometió las útiles indignidades que ayudan a triunfar en vida, prestó o dio discretamente dinero a gente que lo necesitaba y ayudó a jóvenes literatos en sus carreras (aunque también hundió otras con sus mordaces críticas, en especial cuando usaba su ingenio como un arma de combate). Su escepticismo no impidió, además, que lo estafaran más de una vez algunos de sus supuestos amigos o seguidores. H. L. Mencken, que lo conoció bien y no suele regalar elogios, opinó que Bierce fue uno de los hombres más idealistas de su generación, una fuerza moral basada en el respeto por la verdad.¹³ Mediante la sátira de la hipocresía y la mentira, Bierce pretendía en cierto modo indirecto reformar a sus contemporáneos.¹⁴ Como diría Goethe, quiso enmendar la locura con el ridículo.¹⁵ La humanidad contradictoria de Bierce supera a la de muchos de sus filisteos detractores; su ingenio y su genio, a los de todos sus devotos.

* * *

Esta edición congrega algunas de las piezas cónicas de Bierce menos conocidas o, simplemente, desconocidas en castellano. La versión al español parte de las obras originales en inglés digitalizadas en el *Gutenberg Project*. Mediando siempre esta edición digital, nuestro compendio de *Telarañas de un cráneo vacío* procede de la edición en papel *Cobwebs from an empty skull* (George Routledge and Sons: Londres y Nueva York, 1874). Los ensayos "Inmortalidad" y "Un mundo loco", así como la selección de "Epigramas de un cínico" pertenecen a la obra *A Cynic Looks At Life* (The Neale Publishing Company: Nueva York, 1912). Por último, el ensayo "El derecho a trabajar" forma parte del volumen

The Shadow on the Dial and Other Essays (S. O. Howes: San Francisco, 1909).

Miguel Catalán

Notas

1. Morris Roy, Jr., *Ambrose Bierce: Alone in Bad Company*, Nueva York: Oxford University Press, 1995, p. 15.
2. Ruffinelli, Jorge, "Prólogo", p. 5, en *Cuentos de soldados y civiles*, Barcelona: Edhasa, pp. 5-13.
3. Carta del 1 de octubre de 1913, en Clark Pope, Bertha (ed.), *The Letters of Ambrose Bierce*, Nueva York: Gordian Press, 1967, pp. 196-197.
4. "Cynic, n. A Blackguard whose faulty vision sees things as they are, not as they ought to be". Bierce, A., *The Devil's Dictionary*, Wordsworth: Hare, Herfordshire, 1996, p. 55.
5. "Acquaintance" y "Egoist", op. cit., pp. 17 y 72.
6. Johnson, Samuel, *Escritos políticos*, Buenos Aires: Katz, 2009, p. 26.
7. Lichtenberg, Georg Cristoph, *Aforismos*, Barcelona: Edhasa, 1990, p. 179.
8. Vid. al respecto Catalán, Miguel, *Antropología de la mentira*, Madrid: Taller de Mario Muchnik, 2005, p. 36, y, en general, el apartado I.3.
9. Séneca, *Epístolas a Lucilio*, XLIX, 12. Séneca traduce al latín el verso de Eurípides en *Fenicias*, 469.
10. Joshi, S. T., y Schultz, David E., eds., *A much misunderstood man. Selected letters of Ambrose Bierce*, Ohio: Ohio State University Press, 2003, "Introduction", XV.
11. *Ibidem*, p. 215.
12. "I like many things in this world and a few persons", en Joshi, S. T., y Schultz, David E., eds., op. cit., p. 23.
13. Mencken, H. L., "Bierce emerges from the Shadows", *American Mercury*, XIX, 2 (1930), p. 252., cit. en Joshi, S. T., y Schultz, David E., eds., op. cit., pp. xxiii-xxiv.
14. Bierce, Ambrose, *A Sole Survivor: Bits of Autobiography*, editado por S. T. Joshi y David E. Schultz, Knoxville: University of Tennessee Press, 1998, p. 171.
15. Goethe, J. W. von, *Poesía y verdad*, VII, en *Obras Completas III*, Madrid: Aguilar, 1968, p. 582.

EPIGRAMAS DE UN CÍNICO

Para el dogmatismo, el espíritu de la investigación es lo mismo que el espíritu del mal, y cuando pinta a este último le añade una cola para representar el signo de interrogación.

*

"Inmoral" es el juicio que emite el buey estabulado cuando ve al cordero retozando al aire libre.

*

Cuando perdones una injuria hazlo con cierta ceremoniosidad, no vaya a ser que interpreten tu grandeza de ánimo como si fuera indiferencia.

*

Es verdad; el hombre no conoce a la mujer. Pero tampoco ella la conoce.

*

El paso del tiempo es providente, porque cuanto menos futuro tenemos, más temor nos inspira.

*

La razón es falible y la virtud conquistable; los vientos cambian y la aguja pierde su orientación, pero la estupidez nunca yerra y jamás descansa. Desde que se ha descubierto que el eje de la tierra vacila, la estupidez ha ocupado su lugar como indispensable medida de la constancia.

*

Mi persistencia es firmeza; la tuya, obstinación.

*

"¿Quién eres, extranjero, y qué buscas aquí?"

"Soy la Generosidad, y busco a una persona llamada Gratitude".

"Entonces no mereces encontrarla".

"Es verdad. Voy a dedicarme a mis asuntos y a no pensar más en ella. Pero, ¿quién eres tú para ser tan sabia?"

"Soy la gratitud. Adiós para siempre".

*

Nunca hubo ningún genio del que no se pensara que era un tonto hasta que reveló su personalidad, acción de la cual se deduce que en el fondo era un tonto.

*

Un conquistador se levantó de entre los muertos. "Ayer", dijo, "gobané la mitad del mundo". "Por favor, muéstrame qué mitad gobernaste", dijo un ángel, señalando una mínima centella de vapor incandescente que flotaba en el espacio; "ahí tienes el mundo".